

por una transformación social y nuevas tendencias artísticas se imponían. Y añoró a América. Se sintió un trasplantado en su propia tierra. Se casa cuando ya su organismo está vencido y aplanado su espíritu. Muere de un ataque cardíaco a los 48 años de edad.

Diez años permaneció Rugendas en Chile. Su legado ha sido rico en obras pictóricas. Deja en ellas testimonio del espíritu de una época de nuestra historia y deja también la emoción de su alma al trasluz de su presencia y de su palabra, de su simpatía y de su actitud gentil. Debemos, pues, estarle muy reconocido. Revivirlo y mostrar sus creaciones con ocasión del centenario de su muerte no sólo es un acto de justicia, sino también revela la madurez de un pueblo que sabe conservar y valorar la tradición cuando ella arraiga lozanamente y se proyecta en el futuro.

La labor de Tomás Lago de presentar al pintor alemán en las distintas etapas de su andar trashumante, enfocado en la atmósfera en que actuó, merece subrayarse por lo que este trabajo tiene de conocimiento y de difusión de un personaje de tan singulares calidades humanas y artísticas. Tomás Lago ha diluido la información erudita en su prosa de poeta de variadas tonalidades expresivas, a través de las cuales configura a Rugendas en el claroscuro de su vivir exaltado y vencido, triunfante en lo artístico y derrotado en lo económico. Para que esta armonía entre la prosa del autor y el biografiado sea más completa, el libro ha sido impreso con todas las excelencias tipográficas que requiere una obra de esta naturaleza.

MILTON ROSSEL.

<https://doi.org/10.29393/At388-50CELY10050>

*Celda 2455*, por CARYL CHESSMAN.

Los fenómenos, inquietantes entre todos, de la inversión y la subversión de la conciencia humana, han dado en todo tiempo motivos singularmente preciosos para la creación literaria. Un hecho a veces desprovisto de relieve aparente, de perfil espe-luznante, ha permitido al escritor la gestación de una obra no-

velesca en que la vida de su época es definida e iluminada con los atributos de un proceso histórico. Sin embargo, el escritor sólo se propuso dar curso a un contacto emocional en el cual por virtud creadora hubo de precipitarse la realidad del tiempo. La fantasía en torno a la realidad, ha constituido la fórmula determinante, desde la más vieja literatura. El cuento y la novela que como arte fueran subestimados por la corte china y los letrados, reeditan en todo momento su valía histórica al par que su excelencia literaria.

La novela plantea en su conjunto un interrogante que la acción dilucida o mantiene en su epílogo. Si el enfoque es vertical y profundo, lo subjetivo en su ritmo incidente no siempre resuelve y en ello obedece a la misma alternativa de afirmación o duda. Pero vale repetir: el fluir emotivo de ritmo concéntrico o de acción disparada, conforma lo imperativo en la obra novelesca. Concluiríamos, pues, en que la literatura narrativa camina sobre el tiempo con la gracia de una deidad irresistible que guarda bajo su túnica transparente los misterios y el desasosiego del mundo. La filosofía intenta atrapar el espíritu del hombre, definirlo y clasificarlo logrando sólo su complejidad y la persistencia de la duda. La ficción literaria incursiona sin tropezar en los obstáculos ocultos y no por ello ha dejado de iluminarlos desde lo alto con el hechizo de la imagen y de la sensibilidad. Cervantes, Goethe o Dostoievsky, entre legiones de escritores, avanzan sobre los siglos con las raíces hundidas en el destino humano y en la angustia universal.

Si examinamos las tendencias del relato contemporáneo, advertimos su diversificación escolástica, en la que cabe con acentuación creciente la novela-ensayo o anti-novela, superando lo meramente narrativo o lo expresivo del yo interno que nos legaron los siglos pasados. Una y otra búsqueda canalizan los veneros sensitivos de la vida presente y apuntan sobre el futuro sus aguzadas armas dispuestas a la confrontación con las más inquietantes sorpresas. Si a los indoamericanos del sur, la anti-novela de Joyce nos merece un juicio reprobatorio, desde nuestro ángulo de comprensión aceptamos como tema de análisis los estados clínicos y la zona personal desolada, de Kafka, la

tenebrosa inmersión de Koestler, y un poco de soslayo el morbo sensual de Sartre. La precipitación psicopática que el siglo XX y su fatalismo belicista han generado en estos cultores del expresionismo, indican que la literatura al insinuarse en insospechadas grietas del ser, se aproxima con embeleso al supremo interrogante. No se trata ya de la simple autobiografía. Se busca en la tiniebla una verdad hechizada penetrando en la miseria material o en la angustia. No cabe hoy nada más terriblemente humano que esta literatura de alucinación permanente; nada más expresivo de una generación comprimida, forzada sobre una realidad terrestre que no consiguió forjar su ideal de vida o su liberación armónica a través de dos guerras "civilizadoras".

Indoamérica aparece frente al fenómeno europeo como un continente todavía sano; específicamente América Latina. El hecho de que en las grandes ciudades de Sudamérica suelen aparecer obras de intención literaria con personajes y ambientes de morbosidad sensible, no significa que exista en nuestra tierra parcela alguna corroída por la neurosis regresiva y sí cierto vagabundaje humano herido por signos hereditarios o por desviación ambiental y en buena dosis conquistado por el tenebroso complejo europeo. Tal conjunto de factores actúa no siempre felizmente, dadas las condiciones de equilibrio primordial de nuestra raza y ello establece la superior salvaguardia. Afirma tal juicio el hecho de que desde la gestación republicana de los países americanos, el rastacuerismo y la siutiquería que proliferaron en París provenientes de ellos y que algunos intelectuales y artistas criollos pretenden continuar en nuestros días, no han menguado la estructura psicológica de estos pueblos. Escritores y periodistas europeos en muchas ocasiones han salpicado con su ironía a estos imitadores de la literatura, la pintura y la música del viejo continente.

La alta tensión humana y social de Europa tiene, sí, su paralelo temible en las urbes-monstruos de Estados Unidos de Norteamérica. Ninguna ciudad sudamericana alcanzará, de seguro, la densidad de población y el agobio ambiental de las grandes ciudades del país del norte, cuyo ritmo vital altamente mecanizado ha impuesto un roce y una presión social, ha vio-

lentado el proceso de la selección por la lucha diaria y ha exasperado los instintos destructores del hombre y la mujer.

Estamos ante el caso de Karyl Chessman.

No me habría ocupado del libro "Celda 2455", si no hubiese llegado casualmente a mis manos. Su lectura, abrumadora por los hechos que entrega y los pensamientos que sugiere, me hizo recordar algunos libros autobiográficos ya clásicos, entre ellos "La balada de la cárcel de Readig", de Oscar Wilde, "Mis prisiones", de Silvio Pellico; y "La casa de los muertos", de Dostoievsky, todos ellos tan diferentes en la revelación del mismo círculo infernal. Ningún hombre de nuestro tiempo, y menos aún el escritor cuya obra ha bebido en el drama del individuo y del medio que lo fustiga, podrían desdeñar este signo del azar que puso en sus manos la confesión de quien ya a los catorce años fuera lanzado contra el mundo que lo empujó a vivir. Erskine Caldwell, el creador de "El camino del tabaco", afirma que "toda obra literaria está basada en acciones sociológicas". El libro de Chessman es una montaña de acción humana, de vida humana negativa y positiva, de voluntad y conciencia desafiantes y agresivas. Ahora bien, ¿constituye en sí una obra literaria? Tal como aparece escrita —composición justa en zonas de sucesión ascendente, descripción expresiva y rigurosa valorizada con detalles oportunos, todo en un clima de tensión implacable—, la autobiografía de este delincuente excepcional se exhibe no sólo como cuerpo de un proceso sin parangón, sino como una pieza literaria de alta sugestión anímica. Los rumores de que la prosa fuera ennoblecida por mano amiga o mercenaria no afecta nuestro comentario.

Si el contenido humano y social del libro entra decididamente en los campos de la sociología y de la criminología en razón de los extraordinarios elementos que entrega, el universo emocional encendido en el hombre armado por el odio a través de su existencia hasta convertirla en su propio infierno, gana abiertamente los ámbitos de la novela de suspenso. La realidad vital extraída de esta confesión toca y señorea en la fiebre y la locura. Muchos pasajes de este alucinante relato recuerdan con insistencia al atormentado escritor de "Los Karamasov" y "Crimen y castigo".

El libro está orientado hacia el autoexamen de una personalidad lanzada contra el ambiente por habersele vedado el paso por los caminos usuales de la supervivencia. Aún aquellas páginas destinadas al examen legal de la situación del ajusticiado fluyen encendidas por la única voluntad de eludir la muerte. Nada aparece frío y cerebral, especulativo o intrascendente. Todo vive y quema al menor contacto, aún la ternura filial y la ternura sexual dejan sentir su fuego calcinante. Después de subrayar su decisión de luchar: "Es mejor ser cualquier cosa antes que miedoso", deja pasar ciertas ondas de luz interior que tejen aquella conciencia indudablemente alterada por la enfermedad de su primera infancia: "Whit (nombre que Chessman usa en la primera parte de su libro) sintió deseos de rebelarse. Su padre le había dicho que la honradez es la mejor conducta para un hombre. Su madre le había dicho que eran hijos de Dios. Ellos, sus padres, eran buenos, decentes y honrados sin la menor duda, y sin embargo... ¡Oh, Dios!, ¡fíjate en ellos! En aquellos momentos, hubiera apaleado y aplastado a cualquiera que le hubiera sugerido que su padre y su madre iban a ser recompensados en el otro mundo. Después de aquello, la sola idea parecía un refinamiento de crueldad. ¿Por qué? ¿Por qué habían sido tan mal y tan injustamente tratados por ser buenos, decentes y honrados? Whit se dijo: es porque son buenos. Esta es la terrible verdad. Los buenos están indefensos" (cap. 8).

No tarda en lanzarse por el camino destructor. Sus primeros delitos son meros ensayos, pequeños atracos a seres indefensos, robos de automóviles que luego quedan abandonados y desvalijados. La ternura idílica de su primer amor, acaso el único amor que podía haberlo salvado del infierno hacia donde su infancia enferma lo llevaba, había sido ultrajada por la cínica arrogancia de un jovencuelo ya pervertido. Aquello precipita sus pasos. Cierta muchacha, la provocadora Virginia, provista de una conciencia sexual desatada, lo arrastra a los excesos del placer y destruye en él los últimos vestigios del ideal amoroso. "Virginia conocía un atajo para el infierno y se lo había mostrado"... "Ese infierno mental en que te hallas cuando todavía quieres creer en algo, aún sabiendo que estás equivocado;

cuando insistes en creer en algo aún teniendo una prueba evidente de que lo que crees es imposible que sea cierto; cuando quieres creer en lo bueno, en lo recto y en lo decente, y al mismo tiempo te ves obligado a investigar acerca de la bondad, la rectitud y la decencia de todas las cosas; cuando insistes en creer en ti mismo; cuando insistes en aferrarte a un ideal aún sabiendo que vives en una selva en la que los hombres son capaces de abusar cruelmente de sus propias hijas; en una selva en que los escépticos o consiguen convertir a los demás en uno de ellos o encuentran una forma de tortura más allá de lo soportable que acaba por destruirlos. Ahí vives como una indefensa oveja”.

El mundo en que empieza a moverse y que le permite vestir bien, disfrutar de los medios materiales generosamente y agotar la sexualidad, sin olvidar la ayuda a sus padres adorados, le va dando la medida de aquel infierno en que la muerte parece algo familiar e indiferente. Todavía en él atisba el horror y la indignación ante ciertos hechos. Lo abyecto es individualizado por el autor en el rufián Playboy quien aseguró a Whit que “gran parte del entusiasmo que sentía por sus “negocios” lo encontraba en el hecho de poder conseguir que una “zorra” haga lo que uno quiera y a gusto ya que de lo contrario se le rompen los dientes...” “Se pasó la mano por la frente. Un sudor frío lo bañaba. En su interior, un pensamiento se imponía a todo lo demás: ¡puedo matar! Podía ser él su propia ley; su propio juez, su abogado bajo juramento y su verdugo. ¿Pero qué demostraría con eso? ¿Qué demostraría la muerte? Podría llegar a quitarle la vida al repugnante Playboy y seguir riéndose. Pero seguiría sin saber quien era el responsable de que hubiese tantos Playboys en el mundo.”

El dinero obtenido en la lucha de la selva nunca es bastante. Su primera caída en manos de la justicia le enseña mucho en contra de aquello que la justicia le impone. El miedo al mundo y a la ley social ha ido desapareciendo y en su lugar asoma y crece un sentimiento opuesto, nacido en la misma vertiente del instinto. Una segunda vez lo atrapa la policía por robar un automóvil y canjear los vales de bencina encontrados en el coche falsificando la firma. Se le condena y es internado en el

reformatorio de una Escuela Industrial con la necesaria advertencia del juez: "Al parecer no has aprendido la lección. Espero que esta vez saques provecho de la instrucción". Es ya ostensible la distorsión agresiva de la personalidad, su postura inconciliable con el mundo organizado: "Whit sostuvo la mirada del magistrado". "Sonrió indulgentemente o quizás con desprecio. Y él, a quien estaban juzgando, juzgó a los demás" (cap. 14). El reformatorio, que el condenado describe como la peor escuela de ensañamiento humano, rica en todas las formas de violencia y cobardía, traición e hipocresía, lo lleva a un nuevo examen de conciencia y de ello fluye la necesidad de tomar una decisión: "O bien al salir volvía a casa, buscaba trabajo, se casaba, tenía chiquillos, se olvidaba de todo cuanto había visto y empezaba a aprender, y se convertía en un calzonazos o bien seguía viviendo en la selva hasta destruirla o hasta que ésta lo destruyese a él". Pues bien, la decisión ya está tomada. Cuando un empleado del presidio-escuela quiere convertirlo a su doctrina política para aprovechar la fuerza combativa de Karyl Chessman, el recluso se niega, declarando que el odio que él siente contra la sociedad constituye una enfermedad peculiar de la cual no se podrá obtener un arma noble. "Whit había comprado el Odio y la Astucia a cambio del Miedo". Las dos temibles fuerzas se habían identificado con él hasta convencerlo de ser los únicos amigos leales... Está cerca de los dieciocho años. Su actitud contra la sociedad y la ley se hace incorruptible. Aparece en él el hombre provisto de todos los recursos que el Odio y la experiencia le facilitan para la despiadada contienda. El verde fantasma de la cámara de gas no lo arredra; sus propósitos de tenerla siempre lejos inspiran la táctica de sus delitos. Siempre habrá de encontrar la manera de zafarse de una condena concluyente. Los recursos que la propia justicia otorga a los condenados, le permiten darse el placer de postergar la hora fatal, mientras delante de su celda ve desfilar día tras día hacia la cámara de gas a sus compañeros del pabellón de la muerte en la prisión de San Quintín. Buena parte de su tiempo en el presidio lo ocupa en todo aquello que pueda facilitar su defensa. Discute con sus abogados, sugiere nuevas posibilidades, asume él personalmente su defen-

sa. Empieza a hablarse en el mundo del "Caso Chessman". En las piezas del proceso, en las entrevistas de prensa, el condenado vierte razonamientos extraídos de sus lecturas o sugeridos por ellas. "El fin a que ha llegado una personalidad antisocial demuestra entre otras cosas que aquellos que como adultos amenazan con sus violencias a la sociedad, no proceden directamente del infierno. Son el resultado de un complejo llamado ambiente. Ellos fueron jóvenes una vez y algo les ha ocurrido. Ellos dan y dieron a la sociedad una clarísima advertencia de lo que debe esperarse". Adivinando su fin, acaso inaplazable, escribe: "Por fin has llegado al corazón del infierno. El viaje en compañía del Odio ha terminado". Sobre la hora postrera, en un manifiesto de la apelación a la Suprema Corte de California, el condenado expresa en un llamado a la conciencia de nuestro tiempo: "A través de las épocas, los excesos desconocidos de aquellos que librarían al mundo de los seres "no recomendables" utilizando medios menos recomendables han desangrado al mundo con más tragedias, más violencias y más crueldad que lo hubiera imaginado los mismos criminales perseguidos, aún gozando de los mismos poderes". Y luego pregunta: "¿Qué es la justicia? Lo verdadero, lo único cierto es que el mundo clama por una definición exacta y los juristas piden se reexamine el viejo concepto que se tiene de la misma".

No sería extraño que el condenado en su defensa estudiara y aprovechara entre otros los planteamientos del catedrático Negley K. Tecters, de la Universidad de Temple, Pennsylvania, cuyas ideas centrales se identifican con los puntos subrayados por Chessman en su libro. Expresa el profesor y jurista: "Mucha gente y aún ciertos estudiosos piensan que el delincuente ofrece rasgos morfológicos especiales, lo que no se aviene con la realidad. Es probable que si escogemos al azar un millar de individuos, en muchos de ellos aparecerán "ciertas anomalías"... "La promiscuidad hace que el individuo caiga en la cuenta de que la vida le niega a él particularmente muchos beneficios y goces. De ahí el resentimiento, el sentimiento de angustia y de frustración, vale decir, un estado anímico que luego no puede dominar y absorber y que lo lleva a concebir instintos agresivos, antisociales".

Esta autobiografía, en que se registra la más alta tensión de la conciencia frente a la muerte y a la más candente combustión emocional, absolvería con su pulsación y su devastadora lucidez los juicios y afirmaciones que contribuyeron a cerrar el cerco en que sucumbió el héroe antisocial y daría la razón a quienes desde los cinco continentes solicitaron la revisión del proceso en los últimos momentos. No recordamos un caso como el señalado, en que con la máxima plenitud de recursos se haya alzado de modo tan soberbio un pequeño mundo egocéntrico capaz de agitar con sus resplandores a veces siniestros, la estructura social de nuestro tiempo. Los conceptos, "genio criminal", "hombre que mira la Ley como un juego", "individuo que se burla de la Ley", "criminal profesional muy hábil", "criminal con una personalidad acusadísima, carente en absoluto de conciencia social" y otros semejantes, excluyen desde el primer momento aquellos atisbos de la clemencia y la piedad que nunca se insinuaron en la mente del condenado.

Pequeño, extraordinario y temible mundo, el de este hombre que conquistó su propio infierno, concreción de la humanidad toda en su desesperada lucha. Ha muerto después de abrir con su autobiografía un pequeño ojo giratorio, lívido y candente, y arrojarlo sobre el tiempo que no se detiene.

LAUTARO YANKAS.

*Mientras amanece*, por EUGENIO MATUS.

No pocos escritores que asomaron en la década de 1950, libran todavía la contienda del "yo existo" en opuestas zonas de la faena literaria. Unos, dispersos sobre la geografía patria, sensitivos ante el clima y la sangre, señalando en gesto y postura de vigías, sendos caminos y posibles peligros; otros, parapetados en consignas subliterarias o extracreadoras como si la responsabilidad del arte estuviese condicionada por normas ajenas a su esencia. Tenemos, pues, en la contienda, plumas que se nutren de lo visible y sensible y sostienen una línea de exaltación de los valores vernáculos y del yo incorruptible; narradores